

Un hombre, blanco para más señas, busca una ruta diferente a la que hasta esos momentos viene recorriendo y, en su lugar, encuentra a dos hombres, canelo uno, negro otro para más señas, a los que termina sometiendo. Cientos de años después, tres hombres, blanco, canelo y negro para más señas, y sus descendientes, conviven, no sin contradicciones, bajo el mismo espacio, que es, al mismo tiempo, otro espacio.

Un hombre, blanco para más señas, busca legitimar su vocación conquistadora y, en nombre de su señor, funda dos villas en un espacio que, en sentido estricto, no le pertenece. Cientos de años después, tres hombres, negro, canelo y blanco para más señas, y sus descendientes, conviven, no sin contradicciones, en un espacio que en más de una ocasión han sabido defender como sólo se defienden los espacios que se sienten propios.

Un hombre, negro para más señas, arrancado de su tierra con todo y raíces, sale una noche a las calles de su villa, con el permiso de su amo, blanco para más señas, a mantener viva una fiesta que tuvo su origen... allá, en su espacio originario, a miles de kilómetros de distancia. Cientos de años después, tres hombres, canelo, blanco y negro para más señas, y sus descendientes, salen a las calles de su ciudad a vivir varios días de una fiesta que, etimológicamente hablando, es la fiesta de la carne.

Dos hombres, uno negro y otro canelo para más señas, dejan su vida en la construcción de una fortaleza

que refuerza el sistema de defensa de su ciudad contra el ataque de piratas y corsarios, blancos para más señas. Cientos de años después, esa fortaleza se convierte en la prisión de un hombre, canelo para más señas, que busca la liberación de la que con justa razón ahora considera su patria por derecho propio; o en la sede del titular del Ejecutivo, blanco para más señas, que con ese golpe de audacia busca recomponer la correlación de fuerzas que prevalece al interior de una revolución.

Un hombre, negro para más señas, es condenado por el Tribunal del Santo Oficio por participar, ¡en plena vía pública!, de cantos, bailes y fiestas contrarios a la moral pregonada por la Iglesia católica. Cientos de años después, tres hombres, blanco, negro y canelo para más señas, y sus descendientes, han hecho de esos cantos, esos bailes y esas fiestas, amén de un espacio para el ejercicio del disfrute, un símbolo de identidad local.

Un hombre, blanco para más señas, sistematiza las reglas de un juego que, según los concedores, deriva del impulso primitivo de golpear una piedra con un palo. Algunas décadas más tarde, tres hombres, negro, blanco y canelo para más señas, y sus descendientes, hacen del béisbol un deporte popular y masivo, hasta el grado de que, en más de un caso, llega a convertirse en el deporte que aglutina a toda una nación.

Un hombre, negro para más señas, ensaya las primeras notas de un ritmo

que, antes que nada, responde a su carga genética, a su herencia como raza y como pueblo, a su particular manera de dar rienda suelta a toda la carga de dolor y de alegría que lo anima. Cientos de años después, tres hombres, canelo, negro y blanco para más señas, y sus descendientes, riegan por todas partes un ritmo que, de esa manera, contribuye a dar forma a toda una región.

Un hombre, blanco para más señas, recorre el Nuevo Mundo y deja testimonio sobre dos espacios: cómo se perciben desde el mar y al llegar a ellos, cómo son sus calles, sus casas, su gente, cómo enfrentan los problemas de todo tipo que los azotan. Cientos de años después, varios hombres, mestizos para más señas, reconstruyen las historias paralelas de esos dos espacios y las dos orillas se juntan.

Todos estos hombres, que al mismo tiempo fueron y son miles de hombres y un solo hombre, ¿tenían y tienen conciencia de que con su actuar cotidiano hacían y hacen historia? Hago esta pregunta porque, por una especie de acto reflejo culturalmente condicionado, estamos acostumbrados a valorar el devenir de la humanidad en los momentos parteaguas, en los momentos de ruptura, en aquellos momentos en que se cierra una época y se abre otra: la Revolución Industrial, la Revolución Francesa, la Revolución Rusa. Ahí, en esos momentos, se hace Historia (con mayúscula). Y a partir de los parámetros que estos hechos fijan se valora todo el universo espacial y temporal que de ellos deriva, y, sobre todo, se hace la otra historia, la escrita.

Pero, me pregunto, el hombre, en su actuar cotidiano, rutinario, ena-

jenante en ocasiones, en ese actuar hecho, en el mejor de los casos, de múltiples y variados actos de resistencia, ¿no hace historia? En el caso que nos atañe, el negro que, amparado en las libertades que le concedían los cabildos de nación, salía a las calles a mostrar su apego a sus orígenes, a divertirse, a mantener con vida una costumbre que hundía sus raíces en tierras distantes miles de kilómetros, ¿hacía o no hacía historia? ¿Su comportamiento, irracional, extraño, peligroso incluso a los ojos del blanco, sentó o no sentó las bases de una fiesta que, cientos de años después, disfrutaban por igual negros, canelos y blancos: el carnaval? Por supuesto, dudo mucho que este hombre haya tenido conciencia de que al divertirse hacía historia. En el mejor de los casos, supongo que se sentía un ser arrancado por la fuerza de su tierra originaria deseoso de seguir manteniendo, de una u otra manera, un vínculo con su tierra originaria. Y sin embargo, ese acto de resistencia único y sencillo, gozoso e irreverente, condenado y vigilado hizo historia.

Cualquiera diría que por los intersticios de la Historia (con mayúscula) se colara la historia (con minúscula), una historia más humilde, menos pretenciosa, pero que deja una impronta igualmente rica y valiosa. Cualquiera diría, incluso, que hay una historia (con minúscula) que hace caso omiso de la Historia (con mayúscula) y abre sus propios caminos, teje sus propias redes, establece sus propios vasos comunicantes.

Los procesos de independencia de México y Cuba, por ejemplo, guardan entre sí una distancia de, por lo menos, ochenta años: México consumó

su independencia en 1821; Cuba, en 1902. Para la Historia (con mayúscula), los ochenta años que mediaron entre el proceso de conformación del Estado-nación en uno y otro espacio fueron, considerado sobre todo el cambiante, vertiginoso y exigente mundo que el capitalismo había instaurado, muchos, demasiados años, y con toda seguridad marcaron la historia futura de ambos países. Para la historia (con minúscula), en el curso de esos ochenta años los pueblos de ambas naciones mantuvieron contacto, se prodigaron innumerables muestras de respeto, aprecio, afecto, generosidad y solidaridad, se influyeron con sus migraciones humanas, sus raíces raciales, su comercio, su alimentación, su música, sus maneras de divertirse, su práctica del béisbol, en fin, conformaron, por así decirlo, una cultura común (en algunos casos, una verdadera contracultura a pesar suyo). Y esa otra historia está hecha, así de simple, de vida cotidiana.

Esta es la historia, entonces, de dos ciudades que, amén de compartir una historia “natural” (una misma geografía, para decirlo en otras palabras), han compartido una Historia con mayúscula y, sobre todo, han sabido compartir una historia con minúscula. A recrear esas historias compartidas está dedicado *La Habana / Veracruz Veracruz / La Habana. Las dos orillas*, título coeditado por las universidades de La Habana y Veracruzana, coordinado por Bernardo García Díaz por la parte mexicana y por Sergio Guerra Vilaboy por la parte cubana, y en el que participan veintitrés estudiosos de un amplio periodo de la vida de estas dos ciudades que se extiende desde su fun-

dación misma en los comienzos del siglo XVI hasta la presencia de Agustín Lara en la cultura musical de Cuba, a mediados del siglo XX.

Como todo libro que se precie de serlo, *La Habana / Veracruz Veracruz / La Habana. Las dos orillas* admite más de una lectura. Es, por supuesto y ante todo, un libro de historia. Pero ya está visto que la historia conoce más de una variante. En lo personal, he leído este libro como un brillante y espléndido recorrido por casi cinco siglos de vida cotidiana de dos ciudades hermanas. De su fundación a nuestros días, prácticamente no hay tema que no se aborde: su conformación étnica, su constitución como puertos, su posición al interior de un circuito comercial estratégico para el imperio español, su historia como ciudades intramuros, sus mecanismos de defensa en una época en que eran fácil presa del ataque de los enemigos de la Corona española, sus desarrollos comerciales, su estratificación social como colonias y como naciones independientes, las heroicas defensas de sus territorios ante las invasiones extranjeras, sus culturas musicales, sus prácticas del béisbol, sus carnavales...

Todos estos temas —o casi todos— son abordados desde la cotidianidad de todos los días. Eso hace de ellos unos ensayos muy visuales, muy plásticos, unos verdaderos retratos de época. De ellos deriva un inevitable aire de nostalgia. Sin ánimo de idealizar y al riesgo de frivolar la historia, uno lee estos ensayos y quisiera haber vivido todos y cada uno de los momentos que recrean. Uno quisiera haber sido el indígena que levantó la muralla que ayudó a preservar la incipiente vida de la ciudad. Uno

quisiera haber sido el negro que por las noches salía a preservar su primera identidad. Uno quisiera haber sido el blanco que llevó el béisbol a la isla. Uno quisiera haber sido el mestizo que salió en defensa de su puerto.

Si bien los coordinadores del libro advierten que éste no pretende agotar todos los temas habidos y por haber en la relación La Habana-Veracruz Veracruz-La Habana, y si bien —al menos así lo entiendo— lo que se buscó fue poner el acento en las similitudes existentes entre estas dos ciudades (de ahí el desarrollo de los temas por “parejas”), en lo personal me hubiera gustado ver analizados otros aspectos de la historia de estos dos universos urbanos.

Me hubiera gustado leer, por ejemplo, un ensayo en forma sobre el son y el fandango jarocho, fenómeno cultural que si bien no es compartido por los cubanos y va más allá de las fronteras del puerto de Veracruz hasta abarcar una vasta región del estado del mismo nombre, tiene en sus orígenes las mismas raíces que marcaron a otros fenómenos culturales que sí comparten estas dos ciudades. Me hubiera gustado leer, asimismo, un ensayo sobre Veracruz y La Habana

en la literatura, sobre todo considerando que ambas ciudades han sabido encontrar en poetas, cuentistas y novelistas excelentes cronistas de su vida de todos los días. Me hubiera gustado saber, en fin, qué ha pasado con La Habana bajo la Revolución Cubana, qué cambios ha experimentado la vida cotidiana de sus habitantes, qué han sabido conservar y qué les han arrebatado, qué han perdido y qué han ganado.

En algún lugar de su vasta producción, Menéndez y Pelayo afirma: “Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida”. A rescatar la parte más noble de la vida de estos dos pueblos viejos está dedicado *La Habana / Veracruz Veracruz / La Habana. Las dos orillas*. Ojalá que la labor de rescate continúe y sigamos recorriendo las dos orillas de un mismo continente: el nuestro.

*Agustín del Moral Tejeda*